

ENVEJECIMIENTO Y PROTECCIÓN FAMILIAR EN MÉXICO.

LIMITES Y POTENCIALIDADES DEL APOYO AL INTERIOR DEL HOGAR

Por Verónica Montes de Oca¹

Introducción

En la investigación sobre envejecimiento demográfico de las últimas dos décadas, la seguridad social, los servicios de salud y los regímenes de pensiones representan los principales temas que se han discutido en el marco del desarrollo mundial, latinoamericano y nacional (OECD, 1988; United Nations, 1993; CONAPO, 1999; CEPAL, 2000). Sin embargo, recientemente los arreglos domésticos de la población con 60 años y más, la estructura y composición de sus hogares y la dinámica familiar, así como las redes de apoyo social han generado atención en los países en desarrollo y en México, particularmente (De Vos, 1988; Kendig, *et al* 1992; United Nations, 1994; para México: López e Izazola, 1994; Montes de Oca, 1996; Gomes, 1997; Solís, 1999; Montes de Oca, 2001; Gomes, 2001).

Esta preocupación reciente se debe a que se han resaltado las limitaciones de los sistemas de apoyo formal basados en los programas de seguridad social de los países en desarrollo (Mesa-Lago, 1999; Borzutzky, 1993; Müller, 2001) y como consecuencia se ha dado mayor relevancia a los sistemas de apoyo informal, tanto en el aspecto de las transferencias como sobre el cuidado directo que reciben los adultos mayores (Chappel, 1992; Tuirán y Wong, 1993; Wong, 1999; Montes de Oca 2001; Apt, 2002). No obstante, la dinámica informal generada a través de la familia se ve amenazada por el cambio demográfico como por los procesos macroestructurales, ambos pueden reproducir situaciones de desigualdad social que permiten cuestionar el papel idílico de la familia residencial (Ariza y Oliveira, 2001).

A pesar de ello, existe el supuesto de que la familia –pilar de los apoyos informales– podría afrontar los costos del envejecimiento demográfico. Múltiples investigaciones han sugerido que la familia mexicana resulta ser un modelo por sus actitudes de protección hacia los miembros más débiles y necesitados. Sin embargo, la investigación posterior a la crisis de

¹ Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.

los ochenta comenzó a desmitificar dicho supuesto, tanto por parte de las familias como de sus redes de apoyo social (González de la Rocha, 1999; Enríquez, 2000). Factores de naturaleza demográfica, económica y cultural han modificado el papel social de las familias en las últimas décadas y en esa medida se ha modificado la participación en el cuidado y protección de los adultos mayores.

Hoy en día desconocemos ¿hasta dónde la familia puede cuidar a los ancianos? ¿Realmente, todas las personas adultas mayores en México cuentan con apoyo familiar? ¿Incluso los enfermos? ¿Existe relación entre el tipo de hogar y el apoyo familiar? Cualquiera sea la respuesta a estas interrogantes significa que la dinámica familiar, la capacidad humana y económica tanto de la persona mayor como de sus familiares, así como el temperamento y personalidad de los miembros del hogar incide en las relaciones de apoyo y en su disponibilidad para atender al adulto mayor. Incluso, hay quienes anotan que las relaciones de apoyo hacia éste se ven condicionadas por la convivencia familiar del pasado, así como por las acciones que el adulto mayor tuvo como padre-madre, hermano-hermana, etc.. con los miembros de su familia (Varley y Blasco, 2000). Otras investigaciones han cuestionado las posibilidades de intercambio social entre el sector obrero. Se mencionan las limitaciones económicas ante el desempleo y la pérdida del poder adquisitivo como factores que inciden en una disminución del apoyo familiar (Estrada, s/f, citada en Enríquez, 2000). Recientemente se plantean también aspectos relacionados a la dinámica y construcción de las emociones entre los individuos y los grupos domésticos (Enríquez, 2002). Todas estas situaciones difícilmente se pueden agotar en un artículo, por ello trataré de conocer ¿qué elementos propician el que la población con 60 años y más cuente con apoyo al interior del hogar? Así como ¿cuáles son las características de estas ayudas y la frecuencia con que se otorgan? Estas son algunas preguntas que responderé para aproximarnos al papel de la familia de principios de siglo en México y el cuidado y atención hacia un sector de la población en constante crecimiento.

Por tales motivos este artículo lo he organizado de la siguiente manera: en una primera sección comienzo reproduciendo brevemente los argumentos sobre la imagen social de la familia y las expectativas colectivas que surgen hacia las necesidades de los diferentes miembros que la componen; en una segunda y tercera sección, planteo varias etapas

importantes en la investigación sobre envejecimiento y familia a través del estudio sobre los hogares, las transferencias y redes sociales de apoyo. En una cuarta parte, identifiqué la presencia de ayuda al interior del hogar entre la población con 60 años y más según su estado funcional (aceptable o deficiente²), relaciono este apoyo con respecto a la configuración del hogar e identifiqué algunas características individuales, familiares y contextuales como condicionantes para que la población mayor cuente con apoyo al interior del hogar. En una quinta sección presento parte del funcionamiento del apoyo familiar, los tipos de ayuda que recibe el adulto mayor y la frecuencia con que lo hace. Ello con la intención de mostrar un patrón de comportamiento que pueda ser mejorado y reforzado con algunos programas de concienciación social en materia de política pública. La evidencia sugiere que la familia tiene un papel de protección hacia sus miembros de edad avanzada, pero que este apoyo es limitado sólo a quienes tienen ciertas características. Además en los casos donde se da apoyo existen ayudas más frecuentes que otras lo que nos introduce a la discusión sobre la cantidad y calidad de las ayudas recibidas y la satisfacción de las necesidades de las personas mayores. El trabajo de proveer ayuda al interior del hogar tiende a concentrarse en pocas personas, muchas de las cuales son mujeres. Lo anterior arroja elementos que permiten reflexionar, en último término, sobre las relaciones de apoyo e intercambio, así como la percepción de satisfacción y reciprocidad entre las personas adultas mayores y sus familiares, los cuales pueden verse afectados en el futuro no sólo por el cambio demográfico sino también por las condiciones de pobreza, el nuevo perfil epidemiológico y la sociedad de consumo.

1. Familia y envejecimiento: mitos, supuestos e idealización

Desde que se ha tomado conciencia en el ámbito académico de las consecuencias del envejecimiento demográfico en Latinoamérica, muchas investigaciones han resaltado las debilidades de la política social y en especial de las organizaciones gubernamentales de seguridad y asistencia social (Stahl, 1994 y 1996). En México, el sistema de seguridad social era considerado en una fase intermedia de madurez por su origen, cobertura y prestaciones sociales (Borzusky, 1993; Ham, 1993 y 1996), no obstante, a finales del siglo XX se registraron reformas que privatizaron tanto el ramo de pensiones como de servicios

² Población que presenta dificultad para realizar actividades básicas de la vida diaria.

médicos³ (Ham, 1999; Laurell, 1996). Esto ha causado una gran discusión nacional porque en las próximas décadas el sistema de seguridad social será clave para atender a la población adulta mayor del futuro. Justamente cuando la esperanza de vida del mexicano ha rebasado las expectativas sociales y gubernamentales, el aparato de protección social formal se incorpora al sistema de mercado fracturando la solidaridad intergeneracional desde las instituciones públicas y privadas, promoviendo una visión individualista hacia los temas sociales que son responsabilidad colectiva.

En este contexto institucional, político y sociodemográfico, la investigación sobre envejecimiento ha orientado sus esfuerzos hacia el papel de la familia, la coresidencia, las transferencias intergeneracionales y las redes de apoyo familiar y social. Ese estímulo se ha sustentado en la creencia de que la interacción cotidiana se puede interpretar como una forma de apoyo que conlleva a una socialización de los recursos (De Vos, 1988; Chappel, 1992). Como parte de los residuos del Estado Benefactor, en México a la familia se le percibe como un modelo de protección hacia sus miembros, amortiguadora en las crisis económicas a través de estrategias de sobrevivencia y relaciones de apoyo mediante sus redes (Lomnitz, 1975; González de la Rocha 1986; García y Oliveira, 1994). Tuirán (1995) ha mencionado que según la Encuesta Nacional de Valores (1994) los mexicanos generalmente asocian al vocablo *familia* significados altamente positivos como: unión, hijos, amor, hogar, bienestar, padres, comprensión, casa, cariño, educación, felicidad y apoyo.⁴ Profundizando al respecto, Salles y Tuirán (1996: 47-48) mencionaron que existen muchos mitos alrededor de la familia mexicana, en donde “un amplio flujo de imágenes y mensajes sociales tiene como referencia la vida familiar y está dirigido a ella. La ideología que rodea a la familia provoca la conformación de innumerables prejuicios que establecen lo que es ‘correcto’, ‘típico’ o ‘deseable’ acerca de la familia y las relaciones familiares. Los estereotipos están profundamente arraigados en valores morales y éticos así como en imágenes y modelos promovidos por instituciones sociales como las iglesias y el Estado”.

³ Circunstancia que se está experimentando incluso en países con una formación temprana de su sistema de seguridad social y una PEA cotizante muy reducida (Mesa-Lago, Carmelo, 2000, “Las reformas a la seguridad social en Latinoamérica”, Conferencia Magistral en el Centro Interamericano de Estudios sobre Seguridad Social).

⁴ Según Tuirán (1995) dicha encuesta señala que 85% de los entrevistados consideró que la familia es muy importante en su vida.

Según Salles y Tuirán entre los mitos más arraigados a la conciencia colectiva está el que supone que la familia cobija bajo su techo a todos sus integrantes incluso de tres o más generaciones. Estos mitos –dicen los autores– encubren las múltiples desigualdades entre sus miembros de acuerdo a la edad, sexo y parentesco, así como niegan la dinámica emocional de las relaciones familiares, el juego de los afectos, los conflictos, las hostilidades y negociaciones. Leñero (1996) también ha cuestionado el hecho de que la familia sea una unidad independiente de la sociedad que se escape de las condiciones macrosociales. Dice que hay una interacción entre la sociedad y la familia, como una mediación dual en la cual el desarrollo familiar tiene una profunda relación con el desarrollo socioeconómico. Asimismo, profundiza argumentando que sobre la familia hay una dramaturgia que recupera las opiniones valoradas convencionalmente pero que “al mismo tiempo no se atreve a mostrar las llagas, dolores, inconsistencias y ambivalencias de la vida familiar que quedan escondidas en la intimidad cotidiana”. Varley y Blasco (2000: 47), por su parte, coinciden en que los fuertes lazos familiares son asumidos como una característica del alma nacional en donde se considera popularmente a la familia como una fuente inagotable de apoyo a sus miembros. Las autoras señalan –retomando a Contreras de Lehr (1992)– que la sociedad mexicana remotamente llega a pensar el hecho de que la familia rehuse ayudar a sus miembros, incluso los más débiles. Ariza y Oliveira (2001), por su parte, han planteado que la exaltación del discurso ideológico que ensalza a la familia tradicional, entre otros aspectos, oculta el carácter asimétrico de las relaciones intergenéricas e intergeneracionales. De ahí la importancia del análisis sobre “la dinámica intrafamiliar como un conjunto de relaciones de cooperación, intercambio, poder y conflicto que hombres y mujeres de diferentes generaciones establecen en el seno de las familias”. Para estas autoras, la familia se ha colocado en la literatura sociológica como la unidad de análisis originaria de muchas formas de desigualdad y exclusión social.

De acuerdo con los autores, el papel de la familia mexicana es controvertido. Por un lado, la ideología de la familia se refuerza popularmente en lo cotidiano, incluso debido al poder de los medios de comunicación, la política, la escuela e iglesias, pero por otro se distingue la desigualdad interna en los hogares, las relaciones de poder y la diferencias existentes entre generaciones, parentesco, géneros, entre otros, lo que reconoce que la idealización de

la familia sea cada vez menos aceptada aunque permanezca en nuestro imaginario colectivo.

Por otro lado, la familia ha experimentado cambios demográficos, socioeconómicos y culturales relacionados al proceso de urbanización de las últimas cinco décadas, esto se ha hecho evidente a través de un paulatino cambio en la estructura y composición de los hogares mexicanos, así como en nuevas formas de organización familiar, cambios en las percepciones y valores que se generan dentro y alrededor de la familia (López e Izazola, 1994; Ariza y Oliveira, 2001). Para algunos países, García y Rojas (2002) han encontrado una lenta convergencia hacia niveles reducidos en el tamaño de los hogares. No obstante, tal reducción aún no es de consideración en la región latinoamericana. La composición de los hogares sigue siendo predominantemente de naturaleza nuclear aunque los hogares extensos y ampliados muestran una significativa presencia. Los hogares unipersonales adquieren mayor presencia pero sólo en ciertos sectores sociales. En contraste, se ratifica el aumento de la jefatura femenina con todas las implicaciones culturales relacionadas al empoderamiento de las mujeres, la organización familiar, la toma de decisiones y la autopercepción femenina (Ariza y Oliveira, 2001).

Estos cambios globales en la familia suceden simultáneamente con la mayor presencia de población adulta mayor en la sociedad mexicana, pero su relación muestra un comportamiento especial, como se verá a continuación. No obstante, al abordar la relación entre envejecimiento y familia, ésta tiende a ser representada como la principal institución de cuidado y asistencia, sin formular estrategias de análisis que prueben dichos supuestos. Los cambios demográficos derivados del envejecimiento poblacional y los efectos paralelos del deterioro en las condiciones económicas de las unidades domésticas hace necesario identificar las fortalezas y limitaciones de la familia con respecto a los miembros en edad avanzada. En este tenor es necesario comenzar una nueva etapa en la planeación de políticas públicas que no sólo ensalce el valor de la familia sino que tenga respuestas institucionales ante los procesos de crisis en que participa.

2. Los hogares entre la población adulta mayor. Primer acercamiento al apoyo familiar

A nivel internacional los arreglos familiares de la población adulta mayor han sido reconocidos como un indicador de apoyo familiar (De Vos, 1988; Solís, 1999; Hakkert y Guzmán; en este mismo volumen). El argumento central es que la modernización y urbanización de los países genera una reducción en la proporción de familias extendidas de tipo “tradicional” y un aumento de las familias nucleares (Solís, 1999). Además se ha mencionado que al compartir un espacio se propicia la convivencia y se desarrollan relaciones de apoyo (De Vos, 1988). La evidencia sustentada en la teoría del intercambio ha mostrado que dentro de las unidades domésticas se desarrollan formas de organización familiar e intercambio entre géneros y generaciones, muchas de ellas basadas en procesos subjetivos de reciprocidad (Izquieta, 1996).

Este razonamiento no es casual, en la literatura posterior a la segunda guerra mundial la familia ha sido vista como una institución que tiene por objetivo la reproducción biológica de la sociedad, pero también la reproducción social a través de formar en los individuos valores, actitudes y patrones de conducta. Según Goode (1966), en la familia se ubican las relaciones funcionales entre deberes y derechos que permiten que una sociedad sea un sistema social, conjunto de familias y de individuos sociales. De ahí la importancia estratégica de la familia como mediadora entre las funciones biológicas y las funciones sociales. No obstante, en las definiciones sobre la familia subyace un modelo nuclear joven que sólo en pocas ocasiones alude a la convivencia entre más de dos generaciones. Cuando así lo hace, la familia aparece como una institución protectora que no sólo socializa a los niños sino también conserva las costumbres heredadas de los antepasados, así como de los miembros más ancianos. Aunque hay toda una discusión sobre la presencia de miembros en edad avanzada en las unidades domésticas del pasado, suscrita principalmente por Laslett (1972 y 1977; citado en Andersen, 1988), lo cierto es que para los investigadores sobre envejecimiento, la familia a través de los hogares y los grupos domésticos sigue siendo un referente común, cuantitativamente accesible recientemente, que los aproxima al bienestar del adulto mayor. Sin embargo, algo que también es cierto es que la dinámica y organización familiar no se refleja en la configuración de los hogares, ni se proyectan los mecanismos de distribución desigual, ni los significados ni

las situaciones de armonía y conflicto que la misma literatura internacional sobre la crisis de la familia han señalado.

En México, la investigación sobre hogares y arreglos domésticos entre la población nacional toma vigor en los setenta. A partir de ese momento se constató que en general los hogares de los mexicanos se basan en la unión conyugal, el parentesco y la consanguinidad. El 95% de los mexicanos viven en hogares de tipo nuclear y extenso. Los estudios mostraron desde los setenta una tendencia a la nuclearización, en donde un 71% corresponde a hogares nucleares y 25% a extensos. Situación general que se ha mantenido hasta los noventa con ciertas modificaciones en cuanto a la composición del hogar producto del descenso de la fecundidad y de la mortalidad, que se refleja en una prolongación de las etapas del ciclo de vida familiar a través del incremento en la esperanza de vida (Tuirán, 1993).

Sin embargo, los hogares de la población con 60 años y más son muy diferentes. López e Izazola (1994) fueron pioneras en analizar la estructura y composición de los hogares de la población con 60 años y más. Sus estudios concluyeron que el 47% de la población anciana vivía en hogares nucleares, el 43% en hogares ampliados, y el resto en hogares unipersonales o corresidentes (donde no hay parentesco). Además destacaron que, entre 1970 y 1990, había una mayor permanencia de varones mayores como jefes del hogar que tendía a disminuir en los grupos de edad más avanzada. Mientras las mujeres adultas mayores tendían a adoptar la jefatura del hogar precisamente a la muerte del esposo. Esta situación es producto del incremento en la esperanza de vida de hombres y mujeres, pero también del ensanchamiento de su diferencial.

Otras publicaciones ratificaron la predominancia del modelo nuclear para el conjunto de la población nacional y su disminución para la población con 60 años. Para este grupo social se incrementa la presencia de hogares extensos, unipersonales, compuestos y corresidentes (INEGI, 1997) (Cuadro 1). La mayor presencia de éstos hogares se explica también por el alargamiento del ciclo de vida familiar si tomamos en consideración la edad del jefe y la configuración de nuevos arreglos domésticos a partir de la salida de los hijos, la muerte de la pareja, así como la inclusión de los padres sobrevivientes o el regreso de la descendencia.

Cuadro I

Distribución de la población nacional y con 60 años y más por tipo de hogar, México, 1990 (absolutos y relativos).

Tipo de Hogar	Población Nacional			Población con 60 años y +	
	Hogares	Población	% Pob.	Población	% Pob.
Unipersonales	794,481	794,481	1.00	366,577	7.53
Nucleares	12,075,107	58,793,481	74.16	2,471,864	50.80
Ampliados	2,790,993	17,064,507	21.52	1,804,271	37.08
Compuestos	370,348	2,381,615	3.00	187,366	3.85
Corresidentes	84,713	245,257	0.31	35,862	0.74
Total*	16,115,642	79,279,341	100.00	4,865,940	100.00

Fuente: Cálculos propios a partir de INEGI, 1997.

* Existen 87,203 hogares donde no se especificó el tipo de hogar y en ellos residen 256,554 personas.

Sin duda para la población en edades avanzadas vivir en compañía de algún familiar parece ser una estrategia recurrente. No obstante, detrás de la definición de esas configuraciones se esconden diversas estructuras y composiciones, así como múltiples actitudes y comportamientos, preferencias, estrategias familiares e intercambios entre parientes que muchas veces distan de ser recíprocas y exentas de conflicto. En ese sentido, saber que la mayoría de la población con 60 años y más vive en compañía de pareja e hijos y otros descendientes o familiares ¿puede ser considerado como una forma de apoyo?⁵ Si bien hay coincidencia en aceptar que en este tramo de la vida surgen nuevas necesidades y aparecen enfermedades y padecimientos de larga duración, no existe evidencia que nos permita asegurar que la familia de interacción, con la cual reside la población adulta mayor, asume completamente el papel de protección hacia sus miembros en edad avanzada.

La compañía no significa necesariamente la socialización de los recursos ni una distribución equitativa en función de las “necesidades” de sus miembros. De hecho, de la coresidencia no puede interpretarse un intercambio mutuo y recíproco, la evidencia de otros países ha apuntado que vivir en compañía puede implicar interacción pero no necesariamente un flujo de apoyo mutuo o bidireccional, que además en muchos casos se percibe como poco recíproco (Dwyer, et al, 1992; Concepción, 1994; Goldscheider, 1994; Khasiani, 1994; Knipscheer, *et al*, 1995; Ramos, 1994; Poo Chang, 1994). En México diversas investigaciones han encontrado que la coresidencia responde a las necesidades de

⁵ Chappel (1992) dice que durante muchos años en la investigación sobre redes sociales se pensaba que la interacción social tenía un efecto directo en el bienestar de los adultos mayores. Se asumía que “residiendo con otros y haciendo cosas con otros era benéfico para la calidad de vida del anciano”.

los hijos adultos más que a las demandas del propio adulto mayor (Leñero, 1998; Gomes, 2001). En ese sentido, se desconoce el tipo de interacción y las formas de ayuda que se establecen así como la percepción sobre el apoyo y la ayuda entre géneros y generaciones. A raíz de estas reflexiones, la investigación en México se orientó hacia las relaciones de apoyo entre los familiares y la población mayor, a través de temáticas como transferencias intergeneracionales y redes de apoyo social que se han desarrollado recientemente.

3. Transferencias, redes y apoyos informales hacia los adultos mayores. Segundo acercamiento al apoyo familiar

Uno de los primeros estudios que han abordado la relaciones entre los adultos mayores y sus familiares en México, ha sido el realizado por Tuirán y Wong (1993). Estos autores a través del término *transferencias* analizaron el apoyo que reciben los adultos mayores de instituciones, familiares y amigos. Estos autores con base en la información de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) de 1992, sostienen que existen transferencias importantes que realizan las familias para asegurar el bienestar de los individuos. En general, observan que la heterogeneidad de los hogares y la formación de recursos para el bienestar de los miembros depende en gran medida de su participación en el mercado de trabajo. Además sostienen que hay un flujo de transferencias no formales que permiten a ciertos hogares –que carecen del ingreso formal de recursos– conservar cierto nivel de bienestar (Tuirán y Wong, 1993).

Paralelamente, Leñero (1993) mencionó que si bien “los abuelos” reciben una serie de ayudas, estas en ocasiones se dan con estratégico cariño, pues los hijos esperan recibir favores directamente o para su propia descendencia. En ese sentido, si bien los padres-suegros-abuelos son considerados dentro de los hogares, también resultan una presencia poco grata. Sus estudios confirman que a pesar de existir una intensa relación entre los familiares y el propio adulto mayor a veces ésta se da en situaciones de conflicto y de forma no recíproca, más aún muchas veces la población femenina adulta mayor resulta fundamental para la atención y bienestar de otros miembros aún más vulnerables.

Posteriormente, en un estudio sobre el apoyo que reciben los adultos mayores y las ayudas que ellos brindan, Montes de Oca (1998) con base en la Encuesta Nacional sobre la

Sociodemografía del Envejecimiento (1994), encontró que existe un intercambio de ayudas entre géneros y generaciones. Concretamente, la población femenina adulta joven ayuda a la población adulta mayor en quehaceres del hogar, cuidado físico, elaboración de comida, entre otros, mientras la población masculina, por su parte, apoya con dinero. Sin embargo, contrario a lo esperado, la población adulta mayor apoya con dinero a la población femenina y en algunos casos son las mujeres mayores las que ayudan a la población masculina joven realizando quehaceres del hogar y aportando comida.

Un artículo posterior realizado por Rubalcava (1999), donde se utiliza la Encuesta Nacional de Ingreso y Gasto de los Hogares (1994), mostró que las mujeres con 60 años y más perciben sobre todo transferencias en forma de regalos y donativos dentro del país (50.6%) como del extranjero (8.0%) y a través de pensiones (probablemente por jubilación, viudez y ascendencia). Los hombres mayores, por su parte, reciben principalmente transferencias en forma de pensiones (58.6%), remesas de otros hogares del extranjero (5.3%) y dentro del país (25.4%).

Un estudio más presentado por Wong (1999), utilizando la Encuesta Nacional de Empleo de 1996, menciona que de la población económicamente inactiva con 50 años y más, la población femenina es quien más recibe apoyos familiares (93.9%) en contraste con los hombres (55.9%), pero sobre todo entre aquellos hombres y mujeres que no reciben pensión por trabajo. En ese sentido, su análisis mostró que la propensión a recibir apoyo familiar está relacionada en forma inversa con la de recibir pensión. Además con un ejercicio estadístico sólo para la población con 60 años y más muestra que la propensión a recibir apoyo familiar está asociada al aumento en la edad, a un mayor número de hijos para las mujeres, con la incapacidad en el trabajo y con difíciles condiciones socioeconómicas, medidas por las condiciones de vivienda y la residencia en áreas menos urbanizadas. La autora concluye que en ausencia de la protección institucional –dada a través de las pensiones– los apoyos familiares son en gran medida la red que sostiene a la población con 60 años y más.

Varley y Blasco (2000) también han mencionado que vivir en familia es usualmente pensado como la mejor opción para los adultos mayores. Sin embargo, esto no significa que sea una garantía de bienestar. De hecho ellas muestran evidencia de que existen arreglos domésticos alternativos donde la población adulta mayor prefiere vivir, pero que también existen

situaciones de rechazo hacia los hombres en edad avanzada por considerarlos “poco confiables y a veces agresivos”. Varley y Blasco (2001) sugieren que la construcción de la masculinidad en estas generaciones impide la adaptación de los adultos mayores a otros hogares que no son los propios, donde incluyen al asilo, que les permita una mejor calidad de vida.

Enríquez (2000), por último, ha reflexionado sobre el papel de las redes sociales en contextos de pobreza en Guadalajara. La autora, retoma las principales conclusiones de González de la Rocha sobre los efectos negativos de la reestructuración económica sobre la familia y las estrategias tradicionales de sobrevivencia. Concretamente sobre la población adulta mayor Enríquez encontró casos de alta vulnerabilidad económica y social en donde aún con problemas graves de enfermedad las redes de apoyo familiar no se activaron oportunamente debido al desempleo y la distancia. En algunos casos la provisión de ayuda no fue continua ni con un patrón en tiempo y forma que permitiera a la población mayor salir adelante. En muchos casos la enfermedad de esta población inhibió la capacidad de reciprocidad lo que restó estímulo a la actuación de la red.

La evidencia encontrada para México sobre transferencias intergeneracionales y redes sociales de apoyo, confirma una controversia que gira alrededor de la familia, y que se ratifica cuando se habla de un sector en constante crecimiento y vulnerabilidad como es la población adulta mayor. En ese sentido, resulta necesario profundizar sobre la presencia del apoyo de la familia residencial y el peso de ciertas características individuales y familiares de la población adulta mayor según su estado funcional.

4. El apoyo familiar desde el interior de los hogares

Consciente de este desarrollo en la investigación sociodemográfica nacional realicé recientemente un estudio en torno a la estructura de los apoyos sociales entre la población con 60 años y más en México, a partir de la primera Encuesta Nacional sobre la Sociodemografía del Envejecimiento (1994) que contenía un módulo sobre redes de apoyo social y familiar (Montes de Oca, 2001). Distinguí entre los apoyos provistos por instituciones gubernamentales y los apoyos al interior de los hogares, así como los que provienen de otras unidades residenciales. Para los objetivos propuestos para éste artículo sólo profundizaré sobre *el apoyo al interior del hogar* que representa la captación de por lo

menos uno de los diferentes tipos de ayudas (cuidado personal⁶, trabajo doméstico, provisión de alimentos y ayuda monetaria) por parte del adulto mayor cuyo origen es de los miembros de su propia unidad doméstica. Este apoyo sin lugar a dudas es el más importante en la discusión sobre el papel de la familia para la población adulta mayor.

Encontré que el apoyo dentro del hogar no es reportado en forma universal entre la población adulta mayor aunque representa el más importante⁷. Incluso mucho más que el apoyo de instituciones gubernamentales de seguridad y asistencia social y el apoyo de familiares y amigos/vecinos de otros hogares.⁸ Según la Encuesta Nacional sobre la Sociodemografía del Envejecimiento (ENSE), realizada en 1994, del conjunto de la población con 60 años y más, un 57.3% reporta tener apoyo al interior del hogar, el resto 42.7% no reportó contar con esta forma de apoyo. Este dato contrasta porque como vimos en páginas anteriores nueve de cada diez adultos mayores viven en compañía de familiares.

Aún suponiendo que por ser la primera encuesta sobre el tema este dato este subestimando las acciones de apoyo, lo cierto es que prueba el hecho de que vivir en compañía no indica un ambiente de ayuda mutua y socialización de los recursos al interior, al menos en lo que toca a la población mayor. También puede ser cierto que existan adultos mayores que no reporten y subestimen las aportaciones de otros miembros de la familia como formas de ayuda. Una investigación cualitativa realizada en la ciudad de México, al indagar sobre las formas de intercambio al interior de algunas unidades domésticas encontró que los hombres en edad avanzada no consideran ayuda las actividades que las esposas e hijas realizan para el cuidado y bienestar cotidiano de los esposos-padres. Ellos perciben tales tareas como “sus obligaciones”. La noción de ayuda para algunos varones en realidad parece ser algo más intencionado y directamente orientado a ellos. De tal manera que recibir ayuda en ocasiones implica devaluarse y evidenciar que “se está necesitado” lo que redundaría contra la imagen creada de fortaleza masculina (Montes de Oca, 2000).

⁶ El cuidado personal aquí se refiere a la ayuda física la cual implica para el adulto mayor ciertas actividades como ayuda a bañarse, comer, llevarlo al médico, cambiarle la ropa, entre otras. Estas labores son las más próximas al *trabajo de cuidar* aunque la evidencia de trabajos cualitativos advierte sobre la mayor intensidad, variedad de actividades y compromiso personal del papel de la cuidadora (Robles, 2001).

⁷ Por definición la población que vive sola carece de apoyo al interior del hogar.

⁸ Entre la población adulta mayor 52.7% dice contar con servicios de salud y/o algún tipo de pensión. Mientras que sólo 34% de dicha población reportó tener apoyo de otros hogares (Montes de Oca, 2001).

Pero ¿el apoyo dentro del hogar aumenta cuando el adulto mayor muestra claras evidencias de necesitarlo? Afirmativo, la situación de protección doméstica aumenta cuando los adultos mayores se encuentran con un estado funcional deficiente (quienes no pueden realizar actividades básicas de la vida diaria)⁹, en estos casos la proporción de los que reportan apoyo dentro de sus unidades domésticas era de 62.5%, pero el resto (37.5%) no reporta ningún tipo de ayuda por parte de sus familiares dentro del hogar.

Como se aprecia, éste apoyo es muy importante para los adultos mayores en México, incluso para los que experimentan alguna desventaja física, pero lo cierto es que no es un recurso universal. En la realidad mexicana tener apoyo al interior del hogar llega a combinarse con la protección institucional o las transferencias de otras unidades domésticas. Al respecto la información para México destaca que los hombres mayores reportan menos apoyo familiar pero cuentan con más apoyo institucional producto de sus actividades laborales en etapas anteriores de su curso de vida, mientras que las mujeres cuentan con diferentes combinaciones de apoyo doméstico así como ayudas de otros hogares de parientes, amigos o vecinos. Las mujeres de estas generaciones, en México, por su escasa y corta participación en actividades asalariadas no alcanzaron por sí mismas el derecho a contar con pensión o servicio médico, pero por su socialización tradicional si construyeron redes alrededor de la familia, vecinos y conocidos, de las cuales pueden percibir apoyos.¹⁰ Algo similar se encontró en el Norte de Gales (Gran Bretaña) por Scott y Wenger (1996)¹¹.

El limitado apoyo informal hacia los varones ya se ha documentado en México y otros países. Algunos estudios han encontrado que efectivamente los varones en edad avanzada son rechazados por sus familiares porque al perder ingreso y posición fuera del hogar tienden a ser

⁹ No pueden bañarse sin ayuda, ir al baño sin ayuda, comer sin ayuda, entre otras actividades.

¹⁰ Dentro de esa lógica de combinaciones en la estructura de apoyos de la población con 60 años y más cerca de un 9% no tiene organizada una red social ni cuenta con atención a la salud ni pensión. Este porcentaje si lo aplicamos a la población censada recientemente equivaldría a cerca de 600 mil personas. Dicho grupo es mayoritariamente masculino, entre los 60 y 69 años de edad, la mitad no tiene estudios, son jefes de hogar, 20% son cónyuges y 12% son parientes ascendientes o colaterales. Residen principalmente en áreas rurales y tienen un menor número de hijos e hijas. Un 16% vive sola, y aunque el resto reside en hogares nucleares y ampliados los datos muestran que tienen menos integrantes en el hogar que los que si reciben apoyos.

¹¹ Las autoras señalan que los hombres casados desarrollan relaciones por medio de sus esposas y dependen de las relaciones de ella, pero la situación contraria no es probable. La jubilación y el envejecimiento – señalan– afectan el tamaño y la estructura de las redes de los varones, mientras que en las mujeres su inserción en diferentes espacios relacionados con la maternidad y la crianza de los hijos le permiten fortalecer y ampliar sus redes sociales (Scott y Wenger, 1996).

considerados poco adaptables a las condiciones y organización de otras familias. Precisamente, Varley y Blasco (2000) han mencionado que los varones en edad avanzada tuvieron la consigna de ser los proveedores principales de los hogares, lo que les resta oportunidad de construir y reafirmar sus propias relaciones afectivas tanto con la esposa como con los hijos. Situación contraria a lo que sucede con las mujeres en edad avanzada que tienen entrenamiento para asistir las cuestiones del hogar y son percibidas con “veneración” por sus hijos (Llera-Lomelí, 1996, citada en Varley y Blasco, 2000). Los varones en la vejez son excluidos tanto de los hogares de sus hijos, como en ciertas ocasiones de los propios asilos (Aceves, 2000). Esta situación para Varley y Blasco (2000) explica la tendencia a mantener la jefatura del hogar que ellos mismos formaron.

4.1 La asociación apoyo familiar y tipo de hogar

La frecuencia del apoyo al interior del hogar varía según el hogar en el que reside la población con 60 años y más. Los resultados de nuestros ejercicios estadísticos muestran que los adultos mayores que viven en hogares complejos (ampliados y corresidentes) tienen más posibilidades de tener un mayor flujo de ayudas (en este caso de tipo instrumental) que los mayores residentes en hogares nucleares, pero también señala que aún residiendo en estos hogares se puede carecer de éste apoyo. Lo que confirma nuevamente que la coresidencia por sí misma no representa automáticamente actitudes de protección hacia el adulto mayor (Cuadro 2). Los adultos mayores de hogares complejos y nucleares probablemente cuentan también con ayudas no instrumentales como información, convivencia, asistencia emocional, contacto físico, confidencialidad, entre otros, pero esa información no se captó en la encuesta utilizada, además de ser aspectos difíciles de registrar.

El apoyo al interior del hogar es mayor cuando el anciano es dependiente y menor cuando tiene un estado funcional aceptable. Seguramente esto es resultado de estrategias de ayuda familiar ante la supeditación de un miembro en edad avanzada que experimenta algún tipo de enfermedad, pero es necesario resaltar que aún cuando la encuesta este subestimando este fenómeno existen situaciones en las que se carece de las condiciones para activar las redes de apoyo intrafamiliar. Aspecto que desde una perspectiva cualitativa también encontraron Enríquez (2000) y Montes de Oca (2000) uno para Guadalajara y otro para la

ciudad de México. Enríquez, en sectores populares urbanos encontró que los adultos mayores experimentan un desgaste de sus redes sociales. Los parientes poco pueden ayudar a sus familiares en edad avanzada por la similar situación de crisis y pobreza que experimentan. Montes de Oca, por su parte, encontró que algunos ancianos de clase media que viven con familiares, aunque para las estadísticas se ubican en un hogar nuclear o ampliado, en realidad, indagando a profundidad experimenta relaciones conflictivas que llegan por periodos prolongados a obstaculizar cualquier interacción de ayuda mutua entre familiares.

En ese sentido, como también se ha señalado en la literatura gerontológica existen elementos endógenos y exógenos que permiten la fluidez del apoyo familiar¹². De ahí que sea lógico que algunos factores sociodemográficos, familiares, económicos y contextuales como la edad de quienes componen el hogar, el tipo de actividad económica, el número de personas disponibles, las actividades de cuidado adicionales y los niveles de ingreso pueden estar incidiendo a favor o en contra de esta situación.

Cuadro 2

Distribución de la población con 60 años y más según si tiene o no apoyo al interior del hogar y su estado funcional por tipos de hogar, México, 1994.

Tipo de hogar	Ambos		Aceptable		Deficiente	
	Apoyo dentro del hogar		Apoyo dentro del hogar		Apoyo dentro del hogar	
	No tiene	Tiene	No tiene	Tiene	No tiene	Tiene
Unipersonal	100.0	0.0	100.0	0.0	100.0	0.0
Nuclear	48.0	52.0	48.6	51.4	45.4	54.6
Complejos	32.0	68.0	33.7	66.3	28.5	71.5
Todos	42.7	57.3	44.6	55.4	37.5	62.5
No. de casos	2232	2993	1721	2141	511	852

Fuente: Cálculos propios a partir de la ENSE-94.

Una aproximación adicional con respecto a la situación real de las personas adultas mayores y su apoyo al interior del hogar puede entresverse a partir de la propiedad de la

¹² Diferentes números de la revista *The Gerontologist, el Journal of Gerontological Social Work, Research of Ageing*, entre otros. Algunos elementos endógenos mencionados tienen que ver tanto con aspectos psicológicos relacionados con la personalidad del adulto mayor, su grado de adaptabilidad y resistencia al cambio, así como aspectos socioeconómicos y sociodemográficos como la independencia económica y el nivel educativo. Entre los elementos exógenos se han señalado las condiciones específicas en comunidades rurales, efectos de la migración, del desempleo o de condiciones económicas específicas locales. También los conflictos militares, pandemias como las del VIH-Sida y las crisis políticas de países en transición.

vivienda¹³. Por un lado, tenemos a los adultos mayores propietarios (30% del total de población 60 años y más), de los cuales el 54.9% dijo tener apoyo al interior del hogar. Aquí puede haber una relación de intercambio familiar en donde el adulto mayor brinda techo a sus familiares, quienes le proporcionan diferentes formas de ayudas instrumentales. En el caso de los propietarios que no reportan apoyos puede que éstos sigan siendo el principal abastecedor del hogar o funjan sólo como proveedores de vivienda para sus hijos y familiares. Aquí hay una relación de apoyo no recíproca del anciano hacia sus familiares y que también se ha documentado en la literatura gerontológica.

Por otro lado, de los adultos mayores que no son propietarios (70% del total de la población con 60 años y más), un 41.7% no reporta apoyo, pero en realidad cuentan con la vivienda (rentada o propia) de algún familiar. El resto (58.3%) dijo recibir adicionalmente cuidados y asistencia de familiares dentro del hogar. Ser corresidente con algún hijo o familiar puede ser muy importante, pero no significa que el adulto mayor reciba cuidados y recursos para satisfacer sus necesidades específicas. Más aún puede significar que el adulto mayor abastece a sus familiares. Lo que coincide con lo encontrado en otros estudios sobre México (Gomes, 2001).

En suma, lo anterior sugiere que las definiciones planteadas para la configuración de hogares esconden estrategias y formas organizativas de convivencia intergeneracional que representan dinámicas familiares de solidaridad y apoyo, pero también de incapacidad para ayudar, y en casos extremos, de posibles conflictos en cuyo centro ubicamos a la población mayor. Además de que existen otros factores que condicionan el que la población saludable o dependiente cuente con ayuda al interior del hogar. Probablemente elementos relacionados al perfil de la población adulta mayor (sociodemográfico y psicológico: temperamento y adaptabilidad), las características de los familiares (situación matrimonial, número y edad de su propia descendencia, condición de actividad, tiempo de jornada laboral, situación socioeconómica, ingresos, condiciones de salud, situaciones experimentadas en el pasado, tamaño y composición de sus hogares, a las condiciones

¹³ La situación de la propiedad de la vivienda así como de la tenencia de la tierra son temáticas de las cuales hay muy poca investigación en México, no sólo para los adultos mayores sino para la población en general. Esto se debe a la organización institucional y a la poca disponibilidad y acceso a los registros de la propiedad

migratorias o geográficas entre los miembros potenciales de las redes de apoyo social), así como aspectos relacionados a la convivencia y cohesión familiar pueden impedir el cuidado y el otorgamiento de ayudas. Aunque no es posible abundar en todos los aspectos señalados trataré de aproximarme en las siguientes páginas a los factores condicionantes del apoyo familiar entre la población saludable y con deterioro funcional.

4.2 Condicionantes del apoyo al interior del hogar

El apoyo al interior del hogar es una variable dicotómica que representa el conjunto de diferentes ayudas de naturaleza instrumental¹⁴ otorgadas directamente al adulto mayor por los miembros de la unidad doméstica, por tal motivo, es estrictamente familiar. Esta información representa una dinámica familiar identificada en agosto de 1994 previa a la crisis de diciembre, fecha en la que fue levantada la ENSE. Como vimos en el apartado anterior uno de los factores que se observó incide para que la población con 60 años y más tenga apoyo dentro del hogar es justamente la demanda de cuidado y atención directa, pero aún en estos casos el apoyo no es general lo que sugiere que existen elementos relacionados al perfil del adulto mayor y a los miembros del hogar que inciden en la probabilidad de tener dicho apoyo. Esta tendencia justificó realizar dos regresiones logísticas para poblaciones que se distinguen por el estado funcional (independencia o dependencia física) y a las cuales se incorporaron idénticas especificaciones (variables independientes), pero por desgracia no todas fueron significativas al 0.05 (Cuadro 3). Estos ejercicios permiten detectar el peso de cada variable en la predicción de tener apoyo al interior del hogar tanto en adultos mayores independientes como dependientes.

Cuadro 3

Distribución de las variables explicativas de las submuestras de población con 60 años y más que tiene “apoyo al interior del hogar”, México, 1994.

Variable y Categorías	Edo. Funcional Aceptable		Edo. Funcional Deficiente	
	Apoyo dentro del hogar		Apoyo dentro del hogar	
	% Ponderado	n =3862 No ponderados	% Ponderado	n=1363 No ponderados
SOCIODEMOGRÁFICAS DEL				

que existen en nuestro país. Para una introducción a la cuestión de la propiedad, género y empoderamiento en América Latina (ver Deere y León, 2002)

¹⁴ En la literatura se distinguen los apoyos de tipo instrumental, información y apoyo emocional (House y Kahn, 1985).

ADULTO MAYOR				
Edad (media)	68.03	3862	74.78	1363
Sexo				
Hombre	50.6	1955	35.5	480
Mujer	48.8	1884	64.5	873
Escolaridad				
No tiene estudios	36.5	1407	54.5	742
Tiene estudios	63.5	2449	45.5	619
FAMILIARES				
Condición de Jefatura				
No es jefe	40.4	1560	57.2	777
Es jefe	59.6	2299	42.8	583
Tipo de Hogar				
Nucleares	44.3	1587	27.8	354
Complejos	55.7	1995	72.2	920
Mujeres en el hogar (media)	2.1	3862	2.4	1363
Hombres en el hogar (media)	1.9	3862	2.06	1363
SOCIOECONÓMICAS				
Propiedad de vivienda				
Posee vivienda	29.5	1132	26.6	362
No tiene	70.5	2710	73.4	998
Propiedad de bienes				
Posee bienes	70.1	2708	56.5	770
No tiene	29.9	1154	43.5	592
Condición de actividad				
No trabaja	62.0	2388	90.7	1231
Trabaja	38.0	1464	9.3	127
Ingresos				
No tiene	11.6	448	27.7	377
Tiene ingresos	88.4	3414	72.3	986
Servicio Médico				
No tiene servicio médico	45.9	1774	48.9	666
Tiene servicio médico	54.1	2088	51.1	696
CONTEXTUALES				
Tamaño de localidad				
Urbana	43.7	1687	40.0	545
Rural	56.3	2175	60.0	818

Los resultados mostraron que la condición de tener apoyo del interior del hogar disminuye entre la población adulta mayor con un estado funcional aceptable cuando se es varón en contraste con las mujeres. La razón de momios se multiplica por 0.8 veces, lo que representa una disminución del 20% (Cuadro 4). En páginas anteriores destacamos que un hallazgo de diversas investigaciones cualitativas ha sido el papel limitado que tienen las redes familiares y sociales entre la población masculina. Varley y Blasco (2000) destacaron que hay factores culturales que impiden al varón en edad avanzada adaptarse a nuevos arreglos familiares, pedir y aceptar ayuda, así como reciprocarse apoyos. Específicamente con sus estudios en Guadalajara estas autoras recuperan situaciones de

abandono hacia hombres ancianos y una clara percepción de no obligación de los hijos hacia ellos, sobre todo por experiencias desfavorables que vivieron en etapas previas de su vida. La familia –dicen Varley y Blasco– no es siempre una solución ideal.¹⁵

Por desgracia a través de nuestro ejercicio estadístico no es posible confirmar si esta limitada actuación de los familiares para dar apoyo a los adultos mayores se sigue reproduciendo en el caso de aquellos varones que tienen deficiencias en su estado de salud. La variable sexo no fue significativa para este grupo de población adulta mayor.

Lo cierto es que este dato también puede estar remitiendo a un proceso más complejo a nivel de las representaciones simbólicas y que subyace en el significado que se le atribuye a la palabra “ayudas”, el cual para hombres y mujeres en edad avanzada puede ser diferente. En el proceso para captar el papel de las redes de apoyo familiares y sociales se utiliza el término ‘ayuda que se recibe’ y ‘ayuda que se brinda’, y puede suceder que diferentes significados incidan en la respuesta. Esta situación amerita una profunda investigación cualitativa que encuentre los posibles significados diferentes que hombres y mujeres en estas generaciones le otorgan a las nociones de apoyo, ayuda, intercambio y reciprocidad. Si esta inquietud es cierta estamos ante un problema de tipo metodológico que advierte sobre cierta relatividad en la forma como se busca conocer a nivel macro la estructura y dinámica de los apoyos sociales, las redes de apoyo y los flujos de ayuda. La idea de que el varón en edad avanzada cuente con menos apoyo pareciera una contradicción cuando observamos desde la perspectiva sociodemográfica que el varón en edad avanzada conserva la jefatura del hogar, vive con cónyuge, contrae un mayor número de matrimonios y la transición a la viudez es menos frecuente en ellos. No obstante, es posible que tras un escenario ventajoso en los varones mayores en realidad también la información nos muestre cierto deterioro o vulnerabilidad en el terreno de las ayudas familiares, de los contactos personales contruidos y en las percepciones en torno a su propia imagen dentro del ámbito familiar.

¹⁵ En el mismo sentido creo que no es casual que entre la población indigente de la ciudad de México, poco más del 80% de la población censada en un estudio realizado por la Escuela Nacional de Trabajo Social, era población masculina. Además de toda dicha población el promedio de edad calculado (por sus condiciones mentales deterioradas) era de 53 años, lo que indica que la mitad de ellos pertenecen al grupo de la tercera edad (DDF, 1996).

Por otro lado, los resultados estadísticos confirman que la población adulta mayor que reside en hogares nucleares tienen una menor propensión a contar con apoyo familiar en contraste con la categoría de referencia que denominamos complejos (ampliados y corresidentes). La explicación a este dato tiene que ver directamente con la definición misma de hogar nuclear, ya que se integran en esa categoría tanto el adulto mayor que vive sólo con su cónyuge, como el adulto mayor que vive sólo con hijos solteros, o aquel adulto mayor que vive con cónyuge e hijos solteros. Es posible que la etapa del ciclo de vida familiar que se recuperó con esta clasificación sea el denominado “nido vacío” o una etapa previa. Estas etapas del ciclo de vida familiar sugieren un proceso de salida de los miembros del hogar.

En esta misma lógica, también la definición de hogares complejos no sólo identifica a las unidades donde hay padres, hijos solteros y casados, sino también hasta terceras y cuartas generaciones ya sea descendientes o ascendientes. También esta definición puede esconder arreglos familiares en donde abuelos y nietos conviven sin la generación intermedia, en donde corresiden padres con hijos no solteros, entre otros. Muy probablemente este tipo de hogares existan más en las áreas rurales como efecto de la migración lo que puede reducir la disponibilidad de apoyo.

Esto se complementa porque según el ejercicio, a un incremento unitario en el número de mujeres y hombres dentro del hogar aumenta la propensión a contar con apoyo familiar. Esto sucede tanto para adultos mayores independientes como aquellos sometidos por sus condiciones de salud deterioradas (Cuadro 4). Según la base de datos con que contábamos, hasta este momento, el promedio de mujeres y hombres en hogares nucleares de adultos mayores saludables es de 1.4 y 1.5 miembros, respectivamente. En contraste, en los hogares que denominamos complejos (ampliados y corresidentes) el promedio de mujeres y hombres es de 2.8 y 2.4, respectivamente. Cabe señalar que estas variables son las primeras que resultan significativas ($p < 0.05$) del ejercicio realizado para población con un estado funcional deficiente y el efecto neto de estas variables continuas es similar. Estos resultados pueden estar haciendo evidente que un mayor número de integrantes en un hogar permite distribuir mejor las diferentes actividades de reproducción familiar, entre

estas resaltamos aquí la afluencia de ayudas, cuidado, atención y protección hacia el adulto mayor.

En países desarrollados haber acumulado o heredado algunos bienes (vivienda, inmuebles, ahorros, ganado, tierra, automóviles, entre otros) durante la trayectoria de vida puede mejorar la imagen del adulto mayor y propiciar estrategias de ayuda. Para el caso de México los resultados parecen mostrar una situación inversa en lo que respecta a la propiedad de la vivienda. En este caso ser dueño del hogar donde se reside propicia una menor propensión de tener apoyo familiar en contraste con quienes no son propietarios. La razón de momio se multiplica por 0.8046, lo que representa una disminución del 20%. Lo anterior aplica solamente para los adultos saludables, pues esta variable no es significativa para quienes tienen una salud deficiente. Estos resultados no comprueban nuestra aseveración inicial, pero en realidad se puede asumir con precaución ya que otras investigaciones han planteado la dificultad para estudiar la propiedad de la vivienda y la tenencia de la tierra (Deere y León, 2002). En realidad, este tema relacionado al envejecimiento es aún más inexplorado en México, puesto que se asocian usos y costumbres de cierta complejidad en la posesión, sucesión y propiedad de la tierra. A ello se suman los procesos de herencia en donde la experiencia mexicana revela comportamientos de exclusión y discriminación hacia las mujeres sin consideración a su edad.

Por otra parte, en el trabajo de campo con adultos mayores de la ciudad de México se encontraron casos en donde la propiedad de la vivienda no permite garantizar una afluencia de apoyo familiar, todo lo contrario se suscitan situaciones de maltrato y despojo. Para los hijos obtener una propiedad requiere ingresos permanentes, ahorro constante, facilidades administrativas o en todo caso prolongadas esperas para heredar (Montes de Oca, 2000). También se encontraron casos en donde la propiedad de la vivienda si representa un capital que el sujeto puede intercambiar con otros miembros del hogar.

Una prueba más de lo complicado del análisis entre la situación económica del adulto mayor y la presencia de apoyo familiar lo muestra el resultado de la variable posesión de bienes. Al respecto se muestra que cuando el adulto mayor tiene ahorros, propiedades o

bienes, la propensión a tener apoyo familiar aumenta en contraste con quien no cuenta con ellos. En este caso la razón de momio se multiplica por 2.0848 (Cuadro 4).

Este resultado parece confirmar el mismo comportamiento mencionado en los países desarrollados. Al parecer la capacidad de tener apoyo al interior del hogar depende de ciertas condiciones económicas del adulto mayor. La propiedad de la vivienda puede no representar un capital posible de intercambiar para los familiares, pero las características de otros bienes si puedan incentivar el apoyo familiar. Tal vez se requiera enfocar esta situación desde la perspectiva de la reciprocidad tomando en consideración las fases del intercambio inmediato o diferido entre el adulto mayor y sus familiares. La vivienda se podrá heredar a mediano y largo plazo, pero los bienes en préstamo o sucesión pueden manejarse en tiempos más cercanos y de esa manera incentivar apoyo. Tal vez esto explique la contradicción en los resultados obtenidos, aunque también habría que tomar en consideración las condiciones económicas de los familiares como generaciones subsecuentes que han vivido oportunidades financieras muy diferentes.

Cuadro 4

Factores que condicionan la probabilidad para que la población con 60 años y más tenga apoyo al interior del hogar. México, 1994.

Variables	Edo. Funcional Aceptable n= 3862			Edo. Funcional Deficiente n= 1363		
	Apoyo de corresidentes			Apoyo de corresidentes		
	<i>Coeff.</i>	<i>S.E</i>	<i>Odds Ratio</i>	<i>Coeff.</i>	<i>S.E</i>	<i>Odds Ratio</i>
Edad del adulto mayor	0.0031	0.0055	1.0031	0.0103	0.0072	1.0103
Sexo del adulto mayor						
Hombre	-0.2179	0.1062	0.8042*	-0.2162	0.1617	0.8056
Mujer (ref.)						
Escolaridad						
No tiene estudios	-0.1020	0.0784	0.9030	-0.0649	0.1331	0.9372
Con estudios (ref.)						
Condición de Jefatura						
No es jefe	0.0806	0.0990	1.0840	-0.0430	0.1592	0.9579
Es jefe (ref.)						
Tipo de hogar						
Nucleares	-0.3782	0.0854	0.6851*	-0.2324	0.1601	0.7927
Complejos (ref.)						
Hombres en el hogar	0.1587	0.0315	1.1720*	0.2502	0.0525	1.2843*
Mujeres en el hogar	0.1098	0.0309	1.1160*	0.1143	0.0509	1.1211*
Propiedad de la vivienda						
Posee Vivienda	-0.2174	0.0798	0.8046*	0.1816	0.1498	1.1992
No tiene vivienda (ref.)						
Poseción de bienes						
Posee bienes	0.7347	0.0845	2.0848*	0.0362	0.1403	1.0369
No tiene bienes (ref.)						
Condición de actividad						
No trabaja	0.1470	0.0910	1.1584	0.7976	0.2198	2.2201*
Trabaja (ref.)						
Ingresos						
No tiene	0.0633	0.1166	1.0653	0.4685	0.1531	1.5976*
Si tiene (ref.)						
Servicio Médico						
No tiene servicio médico	0.1051	0.0786	1.1108	0.0352	0.1340	1.0358
Tiene servicio médico (ref.)						
Tamaño de localidad						
Localidades con > 100,000 h.	0.1910	0.769	1.2105*	0.1304	0.1373	1.1393
Localidades con < 100,000 h. (ref.)						
Constante	-0.7335	0.4034		-1.6301	0.6140	

* p < 0.05

% Bien Estimado = 63.14%
-2 Log Likelihood = 4443.177

% Bien Estimado = 68.88 %
-2 Log Likelihood = 1471.33

Fuente: Cálculos propios a partir de la ENSE-94.

La condición de actividad resulta una variable que tiene importancia en esta temática pues puede ubicar al adulto mayor fuera del ámbito laboral y en esa medida con diferentes posibilidades de acceso al apoyo familiar. En este caso, dicha variable resultó significativa sólo para los adultos mayores dependientes y sugiere que quienes no trabajan tienen una propensión superior a tener apoyo familiar en contraste con quienes trabajan. Esto coincide con lo encontrado por Wong (1999). Algo similar resultó de la inclusión de la variable ingresos, la cual tiene un comportamiento similar sólo para la población con un estado funcional deficiente y muestra que el apoyo familiar aumenta cuando no se tiene ingresos en contraste con quienes si lo tienen. En este caso la razón de momio se multiplica por 1.59 veces.

Lo anterior parece mostrar que cuando el adulto mayor tiene una condición de salud vulnerable, las circunstancias económicas negativas propician una activación del apoyo familiar. Pero cuando no hay un antecedente de deterioro en la salud, una mejor situación económica también pareciera propiciar el apoyo familiar. Aunque la evidencia estadística tiene grandes limitaciones creo que es posible identificar que el apoyo familiar hacia los adultos mayores existe, pero que surge bajo ciertas condiciones familiares e individuales. El mayor número de integrantes en el hogar y la posesión de ciertos bienes entre los saludables condiciona una mayor presencia de apoyo al interior del hogar. Mientras que para los que experimentan deterioro el mayor número de miembros dentro del hogar, la inactividad y el deterioro económico propicia el apoyo al interior de la unidad doméstica.

Por último, la variable tamaño de localidad expresa que el flujo de ayudas desde el interior del hogar aumenta para adultos mayores saludables en áreas urbanas en contraste con las rurales, aspecto que seguramente se relaciona con el cambio de residencia, la movilidad geográfica y la distancia entre parientes. En las ciudades, la escasez y el costo de la vivienda propicia un mayor tamaño de los hogares, estas estrategias permiten un mayor flujo de apoyo entre familiares. Lo cierto también es que en el campo la población adulta mayor sigue realizando actividades productivas hasta edades muy avanzadas, lo que puede propiciar mayores situaciones de relativa independencia.

En síntesis, todo parece indicar que la familia corresidente asiste y cuida a su población mayor de una manera diferencial dependiendo de las condiciones de desventaja y ventaja

en las cuales se encuentra. Aunque no todas las variables incorporadas al análisis resultaron significativas podemos concluir que el perfil de los hogares en donde reside el adulto mayor es tan importante como las características económicas individuales. Para los adultos mayores saludables una buena situación económica puede propiciar apoyo familiar, pero para los ancianos dependientes su deterioro económico favorece el apoyo. En estos procesos selectivos que muestran una aparente responsabilidad familiar, se esconden procesos culturales que impiden un fluido más adecuado de las ayudas, en especial en lo que concierne a los varones mayores. En la lógica del intercambio, no tener nada que reciprocarse inmediata o en forma diferida puede ser un elemento que inhibe el apoyo familiar. Tal vez como decía Leñero (1998), una “preocupación interesada” se percibe detrás de la afluencia de apoyo familiar y que en definitiva se descubre cuando el anciano no tiene posesiones.

5. Tipos de ayudas del interior del hogar y frecuencia del contacto

Según la literatura sobre apoyos informales las ayudas al adulto mayor pueden ser de tipo afectivo, práctica como material. A veces la ayuda se traduce en alojamiento, cuando hombres y mujeres adultos mayores llegan a residir con uno de los hijos, también cuando se le lleva a algún lugar necesario, se le compran enseres o medicinas, se le da compañía, consejo o apoyo emocional (Dávila y Sánchez-Ayendez, 1996). De todas las ayudas posibles sobresale el cuidado físico por dirigirse a la higiene personal en aquellas mujeres y varones mayores con requerimientos especiales. También las ayudas pueden ser de naturaleza instrumental, informativa y afectiva (House y Kahn, 1985). Según Krassoievitch la combinación adecuada de estas ayudas permite potencializar su efecto, o en caso contrario, una ayuda dada en forma inadecuada pierde su objetivo principal.

A pesar de esta discusión sobre las ayudas que pueden brindarse a la población mayor, la Encuesta Nacional sobre la Sociodemografía del Envejecimiento captó cuatro diferentes formas de ayuda instrumental: ayuda física, actividades domésticas, con comida y con dinero. Aunque en la realidad los apoyos sociales hacia los adultos mayores pueden ser más diversificados es raro tener información cuantificable que detalle los tipos de ayudas de corresidentes. La ayuda de tipo físico se refiere a cuando el adulto mayor es llevado al médico, vestido, bañado, o ayudado en algunas actividades básicas. También puede recibir ayuda en

actividades domésticas, es decir, alguien le puede hacer las compras, manejar su dinero, cocinar o limpiar su casa. Un tercer tipo de ayuda puede ser con comida, despensa, víveres, mandado y, por último, puede recibir dinero o vales de despensa. Con la ENSE-94 tenemos registro del tipo de ayudas que recibió la población adulta mayor en el mes inmediato anterior.

Si bien el apoyo proveniente del interior del hogar es la base de la estructura de apoyos de los adultos mayores en México, lo cierto es que las ayudas que se proveen por esa vía no son homogéneas ni se dan en los mismos periodos de tiempo. En el primer caso no son homogéneas porque la población en edad avanzada es auxiliada fundamentalmente con quehaceres domésticos por parte de los miembros de su hogar, cerca del 30% reportaron tener éste tipo de ayuda. La frecuencia con que se otorga esta ayuda es variable aunque tres cuartas partes dijeron recibirla a diario, lo cual hace suponer que esta ayuda se realiza con cierta intensidad.

La comida, despensa, víveres o “mandado”¹⁶ es otra de las principales ayudas recibidas por la población con 60 años y más en México. De la población adulta mayor con apoyo al interior del hogar, el 29% manifestó recibir comida o despensa. Entre ellos, el 66% cuenta con ella diariamente, el resto con una frecuencia más remota. Junto con la ayuda doméstica el abastecimiento de víveres resultan fundamentales para el mantenimiento tanto de la salud del anciano como de su ambiente, ambas formas de cooperación por la frecuencia en que es realizada significa una actividad intensiva en tiempo y esfuerzo por los otros miembros del hogar.

La ayuda monetaria a través de dinero o vales, por su parte, tal vez ha sido de los recursos más escasos en las últimas décadas para todos los hogares mexicanos. La pérdida del poder adquisitivo entre la población así como el control salarial han hecho que este recurso sea cada vez más limitado para ser provisto a los demás. La información de principios de la década de los noventa nos dice que de la población con 60 años y más con apoyo al interior del hogar sólo un 26% reporta recibir dinero como una forma de ayuda. De esta población cerca de una quinta parte dice recibirlo diariamente mientras que 30% a la semana, 24% a la quincena, 13% cada mes y el resto con una frecuencia menor. El monto de ese dinero aportado a la

¹⁶ Palabra para designar al conjunto de víveres comprados en el mercado popular o en la central de abastos.

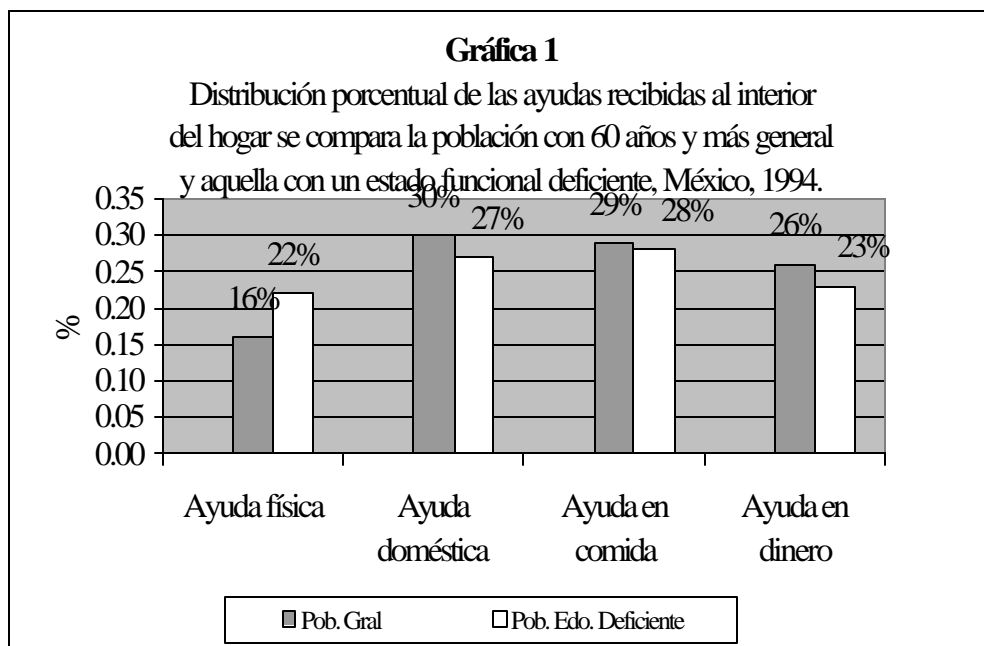
población anciana por sus familiares lo desconocemos, pero es evidente que en muchos casos esta aportación está sujeta a los ingresos y gastos de los miembros proveedores. Para muchos estudiosos el hecho de que la población cuente con un apoyo económico ha resultado un mecanismo indirecto que fortalece su autoestima. Con este recurso no sólo pueden satisfacer sus propias necesidades sino que pueden ayudar a otras personas que lo necesitan también.

Sobre la ayuda física, la información permite observar que esta forma de ayuda es muy poco frecuente. De todas aquellas personas mayores con apoyo al interior del hogar sólo 16% reportaron tener este tipo de ayuda. El cuidado personal directo puede resultar uno de los aspectos más importantes en la calidad de vida de la población anciana, precisamente cuando la enfermedad y la discapacidad han aparecido en esta etapa de la vida. No obstante, la información pareciera mostrar que al ser una de las ayudas más intensas y generadoras de un vínculo especial entre el receptor y el transmisor, no es muy común ni fácil de realizar. Las frecuencias con que se aporta esta ayuda muestra que –de aquellos que reportan tenerla– sólo el 44% la experimentan diariamente, 7% cada tres días o dos veces por semana, 5% semanalmente, 3% por quincena, 11% mensualmente y 31% con una frecuencia mayor a la del mes.

Esta distribución de ayudas cambia cuando la población objetivo tiene necesidades especiales. Específicamente la población con un estado funcional deficiente muestra una recepción de ayudas muy diferente. La ayuda física aumenta a 22% pero disminuye ligeramente la comida (28%), los quehaceres domésticos (27%) y dinero (23%) (Gráfica 1).

Cabe destacar que los periodos de tiempo en la recepción de estas ayudas son más cortos entre aquellos que padecen un estado funcional deficiente¹⁷ lo que prueba una intensificación en la provisión de apoyo. Aunque la ayuda doméstica y con comida o despensa, se reporta en menor porcentaje su recepción es en periodos más cortos en contraste con la población general. Sólo el apoyo en dinero parece ser la única forma de ayuda que se mantiene sin mucho cambio entre los dos grupos poblacionales (Gráfica 1).

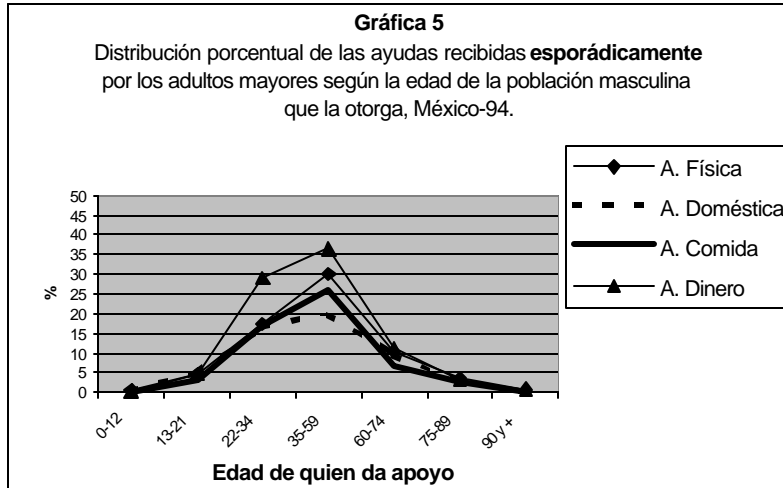
¹⁷ En el ámbito nacional, 44% de la población con 60 años y más reportó contar diariamente con ayuda física, mientras el subgrupo con deficiencia física lo hizo en un 58%.



Por último, la literatura ha mencionado el intenso papel de las mujeres en el cuidado y asistencia de la población adulta mayor. Para México, la situación se confirma aunque existe el contingente masculino que también realiza actividades de cuidado, lo que indica que la percepción inhibitoria para realizar estas tareas no es general. La distribución por edad y sexo de todas las ayudas recibidas por el anciano que provienen de familiares dentro y fuera del hogar muestra la intensa participación cotidiana de las mujeres en la provisión de cuidados, servicios y dinero mientras que los varones participan menos pero en forma significativa. Cuando se aprecia el apoyo esporádico también las mujeres tienden a participar en mayor medida que los varones, incluso otorgando dinero (Gráficas 2 a 5).

La información mostrada en este apartado nos permite concluir que hay múltiples formas en las que la población adulta mayor puede ser asistida. Sin embargo, hay grupos específicos que residiendo con familiares y tener apoyo del interior de su hogar no siempre cuentan con todas las formas de ayuda posibles. La ayuda doméstica y alimenticia son las más frecuentes no así el apoyo físico directo y la ayuda monetaria. Para la población con un estado funcional deficiente el patrón de ayudas cambia, así como la frecuencia del contacto. Se muestra que aumenta la ayuda física y disminuyen la presencia de las otras formas de ayuda, aunque se provean de una manera más frecuente. Además hay que reconocer que desconocemos si estas ayudas son suficientes para satisfacer las múltiples necesidades del adulto mayor.

HOJA NUMERADA PARA INTRODUCIR LAS GRÁFICAS 2 A LA 5..



En síntesis, la población adulta mayor aún viviendo con familiares no presenta un sistema de apoyo al interior del hogar de tipo homogéneo y constante, hay grandes carencias de apoyo y esto también es evidente en algunos grupos considerados vulnerables, como es el caso de la población con problemas de dependencia física y deterioro de su autonomía funcional. Otros estudios han encontrado casos que comprueban esta situación. Es necesario investigar en el plano cualitativo cuáles pueden ser los factores externos o internos a la unidad doméstica que hacen que esta población carezca de ayuda específica.

6. Reflexiones y prospectiva

El envejecimiento demográfico es un fenómeno irreversible a nivel global que se incrementará en los próximos años. Se estima que, en México, para el 2030 la población con 60 años y más llegará a ser un 18% del total nacional. Este fenómeno tendrá complejos efectos en la dinámica social, cultural, política y económica, pero es probable que desde el ámbito familiar la percepción del envejecimiento alcance dimensiones desconocidas. El fenómeno retará el poder de las instituciones gubernamentales y de los organismos no gubernamentales, pero también la maleabilidad de la familia y la fuerza de las redes sociales. Con respecto a la atención y cuidado de la población adulta mayor sería inadecuado suponer que la familia, como institución mediadora entre el cambio estructural, demográfico y cultural podrá asumir el costo total del proceso de envejecimiento demográfico. En ese sentido, los resultados de este trabajo comprueban las potencialidades y límites del papel de la familia.

Si bien es cierto que la literatura ha sobrestimado el papel la familia, otros estudios realizados han cuestionado la idealización de la familia. En este trabajo de investigación se confirma que la familia tiene un papel relevante en la estructura de apoyos de la población adulta mayor, superior al de las instituciones gubernamentales y las redes externas al hogar. No obstante, su participación es limitada. Aunque el 90% de la población adulta mayor reside con compañía, lo cierto es que no toda la población reporta recibir alguna forma de ayuda de sus familiares.

Los resultados sugieren que el apoyo al interior del hogar depende de las condiciones de salud de la población adulta mayor, de sus características económicas en desventaja o ventaja, así como del perfil del hogar y del individuo mismo. Específicamente se demuestra que el apoyo familiar aumenta cuando el adulto mayor experimenta dependencia física. Sin embargo, existen importantes segmentos de adultos mayores que en estas condiciones carecen de ayuda. Algunos factores pueden potenciar o limitar la participación de los miembros del hogar. En ese sentido, si bien es cierto que la población mayor sin recursos económicos tiene una mayor propensión al apoyo familiar, la verdad es que la población en edad avanzada necesita contar con recursos económicos para ubicarse en una situación más favorable en las relaciones de intercambio familiar.

En este trabajo se encontró que hay adultos mayores de por lo menos dos sectores socioeconómicos en quienes el papel del apoyo al interior del hogar parece ser diferente. Para aquellos que tienen bienes, la evidencia indica que tienen una mayor propensión a recibir apoyo dentro del hogar, pero también sugiere que a partir de su condición socioeconómica puede establecer relaciones de intercambio y reciprocidad. En estos casos pareciera importante tener capacidad de reciprocitar pero también el tiempo en que puede realizarse el intercambio¹⁸. Por otro lado, para aquellos grupos de mayores más vulnerables por cuestiones físicas como económicas (inactivos sin ingresos) existe un comportamiento activo de la red familiar que no vislumbra un nivel de intercambio inmediato y cuya

¹⁸ En otro momento he señalado la importancia del tiempo en que se realiza el intercambio este puede ser diferido o inmediato y depende del tipo de relación establecida pero al parecer también de la naturaleza de los bienes. Cabe señalar que la vivienda no es un bien intercambiable pero si ahorros, carros, ganado, propiedades.

reciprocidad podría ser muy baja. Frente a estas situaciones si existe una mayor propensión de los miembros de la unidad doméstica a apoyar a la persona mayor.

También el apoyo familiar aumenta cuando mayor es el número de los integrantes del hogar, sean estos varones o mujeres. Esto sugiere también que en el futuro la reducción de la fecundidad¹⁹, traducida en parejas con pocos hijos o ninguno, conducirá a la contracción de la familia y a una reducción inevitable de las posibilidades de intercambio y relaciones de apoyo entre padres-hijos y entre hermanos. Adicionalmente, la ruptura matrimonial puede considerarse un factor –cada vez más frecuente en nuestras sociedades– que podría implicar una reducción de las redes de apoyo entre familias e individuos. La migración, los cambios de residencia y la distancia son también eventos sociodemográficos que pueden inhibir el apoyo familiar.

En ese tenor es bien conocido que la reducción de la mortalidad incrementa los años de convivencia entre generaciones, también es cierto que la caída de la fecundidad reduce el tamaño de las nuevas cohortes. Esta situación demográfica podría propiciar que en el futuro cercano las relaciones de apoyo familiar basadas en lazos y obligaciones paterno-filiales puedan sustituirse progresivamente por nuevas relaciones de apoyo no familiares y comunitarias. Ello sin dejar de experimentar resistencia a la transición del cambio de sociedades de familias a sociedades de individuos como sugería Donati (1999). En algunas comunidades de la ciudad de México, para las mujeres adultas mayores (viviendo solas, viudas, con hijos casados) las redes comunitarias resultan una estrategia de apoyo que sustituye al apoyo familiar. El establecimiento de relaciones de amistad parecieran reemplazar el apoyo del esposo, hijas e hijos. Sin embargo, estas redes tienen grandes limitaciones en términos económicos, aunque brindan una amplia gama de apoyos no instrumentales ni materiales (Montes de Oca, 2003).

A partir de ello sugiero continuar la investigación desde diferentes perspectivas teóricas en las ciencias sociales con el fin de identificar la estructura de los apoyos en diferentes contextos nacionales y monitorear la dinámica de las relaciones de intercambio entre

¹⁹ Según proyecciones oficiales se estima que la tasa global de fecundidad seguirá en descenso pasando de 2.4 hijos en el 2000 hasta 1.74 en el 2020, y 1.68 en el 2050. Este descenso será más pronunciado en las áreas urbanas.

generaciones en México a fin de entender las percepciones entorno al apoyo, la reciprocidad y los diferentes significados a nociones de ayuda. Es muy posible que varíen para hombres y mujeres, pero que también cambien generacionalmente, así como en formaciones culturales diferentes.

La reciprocidad, según la teoría del intercambio social, es un principio implícito que se sobrentiende en las relaciones humanas, incluyendo las familiares. Este principio remite sentimientos de afecto y obligación pero también supone un intercambio entre dos partes. En ese sentido, recibir apoyo también implica otorgarlo. La población adulta mayor que no tiene capacidad económica puede verse limitada a regresar en forma inmediata o diferida el apoyo familiar. Otros estudios han encontrado que las redes de apoyo no se activan en contextos de pobreza y/o enfermedad, porque los mayores pierden su capacidad de reciprocitar. Junto a esta perspectiva material en las relaciones de intercambio es muy importante la contribución de la antropología y psicología para indagar y entender percepciones y representaciones sociales inmersas en los actos de reciprocidad, pero también resulta fundamental revelar el mundo de las emociones y los afectos que subyacen en las relaciones de apoyo e intercambio entre individuos enlazados por relaciones de parentesco y jerarquía familiar. Las relaciones posibles entre padres-madres con hijos-hijas son vínculos sustantivos que requieren mayor investigación desde la lectura derivada del envejecimiento.

Otros aspectos –para redondear una visión prospectiva– están relacionados con los efectos del cambio epidemiológico que significa la aparición de padecimientos de duración cada vez más prolongada que pueden modificar la dinámica familiar y cuestionar, en ese sentido, la interacción en el sistema de apoyo e intercambio hacia los miembros en edad avanzada. Esta situación no puede confiarse solamente al papel de la familia y muchos menos sólo a quienes residen con el anciano. La problemática del adulto mayor rebasa el ámbito familiar y en ese sentido requiere apoyos que rompan con los límites de la unidad doméstica hasta la organización y convivencia entre hogares y comunidades.

Por otro lado, diversos autores han señalado que en la sociedad de consumo actual las relaciones de apoyo tienden a disminuir porque las personas están más preocupadas por satisfacer sus propias necesidades y son incapaces de entender las demandas de los otros.

Según Izquieta (1996), una tendencia al consumo propicia una disminución de las relaciones de apoyo e intercambio. Pero, además, éstas relaciones cambian entre generaciones, Donati (1999) señala que “la distancia entre generaciones es inalcanzable” porque aunque la familia sea el paradigma del intercambio, las generaciones jóvenes están integrados a sistemas de intercambio más complejos y simbólicos que muchas veces no les permite entender “qué es lo que se debe dar, a quién o cuánto? No se sabe qué es lo justo recibir, de quién o cuánto”. En ese sentido, el cambio generacional sugiere que las reglas de reciprocidad pueden cambiar entre padres e hijos, así como las percepciones de las relaciones de apoyo e intercambio. Entonces, desde la teoría del intercambio social, los recursos materiales de los miembros de las redes familiares y sociales son importantes junto con la percepción de reciprocidad entre generaciones. Hareven y Addams (1999) señalan que la reciprocidad está en el trasfondo de las relaciones humanas, en donde la actitud, comportamiento y expectativas de recibir y proporcionar apoyo es un proceso continuo de interacción que cambia de generación en generación a través del tiempo histórico.

En esta lógica, no es suficiente con superar las dificultades económicas de las actuales generaciones jóvenes y maduras, sino es necesario generar un cambio social que refuerce los valores y compromisos intergeneracionales. Esta es una condición ineludible que antecede cualquier proyecto de cooperación entre instituciones gubernamentales, familias y redes sociales. Es fundamental para el futuro no concentrar el costo del envejecimiento poblacional en la familia, que a su vez se transforma progresivamente, por efecto de los cambios socioeconómico y demográfico. En esa misma lógica es importante no concentrar en las mujeres la labor del cuidado y abastecimiento de apoyos, los varones son una fuente potencial de apoyo que necesita orientación y valorización.

Lo anterior muestra que la investigación sobre envejecimiento y familia apenas comienza, y que es necesario incorporar dimensiones psicológicas, antropológicas y económicas que permitan desde la interdisciplinariedad no sólo describir sino entender los procesos relacionados al cambio familiar. En esa lógica, es necesario integrar metodologías cuantitativas y cualitativas que profundicen sobre las dimensiones familiares relacionadas con el maltrato, la percepción de reciprocidad y las expectativas del sujeto que envejece.

Desde esta perspectiva es posible que lleguemos a construir para el futuro una visión integral del significado de la vejez.

Bibliografía

Aceves, Martha, 2000, "Fragmentos de vida cotidiana en un asilo de ancianos en México", ponencia presentada en la VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica, Sociedad Mexicana de Demografía y El Colegio de México, México.

Anderson, Michael, 1988, *Aproximaciones a la historia de la familia occidental (1500-1914)*, Madrid, Siglo XXI.

Apt, Nana, 2003, "Informal care for older people: the African crisis", en Lloyd-Sherlock, Peter (Coord.) *Living Longer. Ageing, development and Social Protection*, Zed Editions United Nations Research Institute for Social Development (UNRISD), England, in press.

Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira, 2001, "Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición" en *Papeles de Población*, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de Población, UAEM, Estado de México, México, 9-39.

Borzutzky, Silvia, 1993, "Social Security and Health Policies in Latin America: The Changing Roles of the State and the Private Sector", *Latin American Research Review*, vol. 8, 246-256.

CELADE, 2002, *Los adultos mayores en América Latina y el Caribe. Datos e Indicadores*, Boletín Informativo del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía-División de Población, Santiago de Chile, marzo, 78 pp.

CEPAL, 2000, *Encuentro latinoamericano y caribeño sobre personas de edad*. Seminario Técnica, Santiago de Chile, 581 pp.

Chappel, Neena, 1992, *Social Support and Aging*, Butterworths Perspectives on Individual and Population Aging Series, Canada, 104 pp.

CONAPO, 1997 y 2000, *La situación demográfica de México*, Consejo Nacional de Población. México.

CONAPO, 1999, *Envejecimiento demográfico de México: retos y perspectivas*, CONAPO, Cámara de Diputados, Senado de la República, México.

Concepción, Mercedes B., 1994, "Implications of Increasing Role of Women for the Provision of Elderly Care", en United Nations, *Aging and the Family*, New York, United Nations.

Dávila, Ana Luisa y Sánchez-Ayénde, Melba, 1996, "El envejecimiento de la población en Puerto Rico y sus repercusiones en los sistemas informales de apoyo" *Dinámica demográfica y cambio social*, PROLAP, 17-26.

De Vos, Susan, 1988, "Extended Family living among older people in six Latin American countries", *Journal of Gerontology*, 45 3, s87-s94.

Deere, Carmen Diana y Magdalena León, 2002, *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*, PUEG-UNAM, Flacso-Sede Ecuador, México.

Donati, Pier Paolo, 1999, "Familias y generaciones", en *Des Acatos. Revista de Antropología Social*, CIESAS, DIF, México, 27-49.

Dwyer, Jeffrey W. y T. Coward, Raymond, 1992, "Gender, Family, and Long-Term Care of the Elderly", en Dwyer, Jeffrey W. y T. Coward, Raymond ed., *Gender, Families and Elder Care*, Sage Publications, U.S.A., 3-17.

Enríquez, Rocío, 2000, "Redes Sociales y Envejecimiento en Contextos de Pobreza Urbana", ponencia presentada en la VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica, Sociedad Mexicana de Demografía y El Colegio de México, México.

Enríquez Rosas, Rocío, 2002, "Redes sociales y de apoyo emocional en mujeres pobres urbanas: marco conceptual" y "Análisis de las redes sociales y de apoyo emocional en mujeres pobres urbanas", en *El crisol de la Pobreza: Malestar emocional y redes de apoyo social en mujeres pobres urbanas*. Tesis de Doctorado, CIESAS Occidente, Guadalajara, México.

García, Brígida y Orlandina de Oliveira, 1994, *Trabajo Femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.

García, Brígida y Olga Rojas, 2002, "Transformaciones recientes en las familias latinoamericanas: una perspectiva sociodemográfica", *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, en prensa.

Goldscheider, Frances K., 1994, "Family Structure and Gender Role in Ageing Populations", en United Nations, *Ageing and the Family*, United Nations, New York, 186-190.

Gomes, Cristina, 1997, "Seguridad social y envejecimiento: la crisis vecina" in Cecilia Rabell (ed.), *Los Retos de la Población*, FLACSO, México.

Gomes, Cristina, 2001, *Dinámica Demográfica, Familia e Instituciones. Envejecimiento Poblacional en Brasil y México*, Tesis de Doctorado en Estudios de Población, Centro de Estudios Demográficos y de desarrollo Urbano, El Colegio de México, México.

González de la Rocha, Mercedes, 1986, *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*, Guadalajara, México, El Colegio de Jalisco, CIESAS.

González de la Rocha, Mercedes, 1999, "La reciprocidad amenazada. Un costo más de la pobreza humana" en Enríquez Rosas, Rocío, 1999, *Hogar, pobreza y bienestar en México*, Centro de Investigación y Formación Social, ITESO, Guadalajara, México, 13-36.

Goode, W. J., 1966, *La familia*, Ed. Hispanoamericana, 1-41.

Ham Chande, Roberto, 1993, "La insuficiencia de las pensiones por vejez", *DEMOS, Carta Demográfica sobre México*, México.

Ham, Chande Roberto, 1996, "De la solidaridad intergeneracional a la privatización de las pensiones", *DEMOS, Carta Demográfica sobre México*, México, 36-37.

Ham, Chande Roberto, 1999, "El futuro de las pensiones. Promesas fáciles de difícil cumplimiento", *DEMOS, Carta Demográfica sobre México*, México, 35-56.

Hareven, Tamara y Kathleen Addams, 1999, "La generación de en medio. Comparación de cohortes de ayuda a padres de edad avanzada dentro de una comunidad estadounidense", en *Des Acatos. Revista de Antropología Social*, CIESAS, DIF, México, 50-71.

INEGI, 1997, *Los hogares en México*, México.

Izquieta, José Luis, 1996, "La protección y ayuda mutua en las redes familiares. Tendencias y retos actuales", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Número 74, Abril-junio, 189-208.

Kending, Hashimoto, A., y Coppard, L., 1992, *Family Support for the elderly. The International Experience*, Oxford University Press, Oxford.

- Khasiani, Shanyisa A., 1994, "The Changing Role of the Family in Meeting the Needs of Ageing Populations in the Developing Countries, with particular focus on Eastern Africa", en United Nations, *Ageing and the Family*, United Nations, New York, 61-65.
- Knipscheer, C. P. M y J. de Jong, Gierveld, T.G. van Tilburg, P. A. Dykstra (eds.), 1995, *Living Arrangements and Social Network of Older Adults*, VU University Press, Amsterdam.
- Krassoievitch, Miguel, 1998, "Redes Sociales y Vejez", documento preparado para el VII Simposium "Macaria: que hablen los ancianos", Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias de la Salud, 24-26 de septiembre, México.
- Laurell, Asa Cristina, 1996, "La nueva Ley del Seguro Social y los servicios de salud", ponencia presentada en el Seminario *Análisis y reflexión sobre las reformas a la seguridad social*, Colegio Nacional, México.
- Leñero, Luis, 1996, "La familia y sus respuestas organizacionales ante la crisis", *La familia: Investigación y Política Pública*, DIF, 13-24.
- Leñero, Luis, 1998, "Tercera edad en sus implicaciones familiares y sociales", *El Cotidiano. Revista de la realidad mexicana actual*. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, núm. 88, marzo-abril, 42-48.
- Lomnitz, Larissa, 1975, *Cómo sobreviven los marginados*, Edit. Siglo XXI.
- López, Barajas, Ma. De la Paz y Haydea Izazola, 1994, *El perfil censal de los hogares y las familias en México*, INEGI, IIS-UNAM, México.
- Mesa-Lago, Carmelo, 1999, "Política y reforma de la seguridad social en América Latina" en *Nueva Sociedad*, No. 160, Caracas, Venezuela, 133-150.
- Montes de Oca, Verónica, "La familia ante el envejecimiento de la población mexicana", en Raúl Jiménez Guillén (Comp.) *¿Grupo doméstico, Hogar o Familia?*, Centro Universitario de Estudios para la Familia, Universidad Autónoma de Tlaxcala, México, 1996, 385-400.
- Montes de Oca, Verónica, 1998, "Intercambio y diferencias de género en el sistema de apoyo a la población envejecida en México", en Hernández Bringas, Héctor Hiram y Menkes, Catherine (Coords.), *La población de México al final del siglo XX*, UNAM, México, 485-500.
- Montes de Oca, Verónica, 2000, *Cómo viven los ancianos en el Distrito Federal. Sociodemografía, experiencia institucional y percepciones sobre la vejez*, Instituto de Investigaciones Sociales/ Universidad Nacional Autónoma de México, México, mimeo.
- Montes de Oca, Verónica, 2001, *Envejecimiento en México: Un análisis sociodemográfico de los apoyos sociales y el bienestar de los adultos mayores*. Tesis de Doctorado presentada en el Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, México, 497 pp..
- Montes de Oca, Verónica, 2003, "El significado de las redes comunitarias en la calidad de vida de hombres y mujeres adultas mayores en la ciudad de México", en *Revista Notas de Población. Número Especial sobre Redes Sociales de Apoyo a las Personas Adultas Mayores: El Rol del Estado, la Familia y la Comunidad*, Celade-División de Población Cepal, Fondo de Población de las Naciones Unidas y del Gobierno de Italia, en prensa.
- Müller, Katharina, 2001, "The Political Economy of Pension Reform in Latin America", ponencia presentada en The 2001 Meeting of The Latin American Studies Association, Washington D.C., September 6-8.
- OCDE, 1988, *Aging Populations. The Social Policy Implications*, France.

- Poo Chang, Tan, 1994, "Family Changes and the Elderly in Asia", en United Nations, *The Ageing of Asian Populations*, New York, 33-39.
- Ramos, Luiz R., 1994, "Family Support for the Elderly in Latin America: The Role of the Multigenerational Household", en United Nations, *Ageing and the Family*, United Nations, Nueva York, 66-72.
- Robles, Leticia, 2001, "El fenómeno de las cuidadoras: un efecto invisible del envejecimiento", *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 16, No. 3. El Colegio de México, México.
- Rubalcava, Rosa María, 1999, "Ingresos de las personas de edad y características de sus hogares", en *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, CONAPO, Senado de la República, Cámara de Diputados, México, 125-143.
- Salles, Vania y Rodolfo Tuirán, 1996, "Vida familiar y democratización de los espacios privados", *La familia: Investigación y Política Pública*, DIF, 47-55.
- Scott, Anne y G. Clare Wenger, 1996, "Género y redes de apoyo social en la vejez", en Arber, Sara y Jay Ginn, 1996, *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*, Ed. Narcea, Madrid.
- Solís, Patricio, 1999, "Living Arrangements of the elderly in Mexico" ponencia presentada en el Population Association of America Meeting, marzo.
- Stahl, Karin, 1994, "Política social en América Latina. La privatización de la crisis", en *Nueva Sociedad: Pobreza y políticas sociales*, núm. 131, mayo-junio, Caracas, Venezuela, 49-72.
- Stahl, Karin, 1996, "Anti-Poverty Programs. Making Structural Adjustment More Palatable", en *NACLA Report on the Americas*, vol.29, núm 6, mayo-junio, 32-35.
- Tuirán, Rodolfo y Rebeca Wong, 1993, "Transferencias familiares en el envejecimiento", en Seminario sobre envejecimiento demográfico en México, Somede, México, mimeo.
- Tuirán, Rodolfo, 1993, "Vivir en familia: hogares y estructura familiar en México, 1976-1987", en *Revista de Comercio Exterior*, Vol. 43, No. 7, julio, 662-676.
- Tuirán, Rodolfo, 1995, "Cambios y arraigos tradicionales", en *DEMOS. Carta Demográfica sobre México*, México, 30-31
- United Nations, 1993, *The Sex and Age Distribution of the World Populations, 1992*, Nueva York.
- United Nations, 1994, *Ageing and the Family*, United Nations, Nueva York.
- Varley, Ann y Maribel Blasco, 2001, "Cosechan lo que siembran. Mujeres ancianas, vivienda y relaciones familiares en el México urbano", en Cristina Gomes (Comp.), *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*, FLACSO, Miguel Angel Porrúa, 301-323.
- Varley, Ann y Maribel Blasco, 2001, "Exhiled to the home: masculinity and ageing in urban Mexico", mimeo.
- Varley, Ann y Maribel Blasco, 2000, "Intact or in tatters? Family Care of older women and men in urban Mexico", *Gender and Development*, Volume 8, number 2, july, 47-55.
- Wong, Rebeca, 1999, "Transferencias intrafamiliares e intergeneracionales en México", *Envejecimiento Demográfico de México: Retos y Perspectivas*, CONAPO, Senado de la República y Cámara de Diputados. México.
- Zúñiga, Elena, y Daniel Hernández, 1993, "Importancia de los hijos en la vejez y cambios en el comportamiento reproductivo: estudio en tres comunidades rurales de México", Paper presented in the XIII International Congress of Antropological and Etnological Sciences, México.